

La ética sexual de “El hombre tranquilo”

David A. Yáñez Baptista¹

Resumen

Tratando de reivindicar entre los jóvenes el valor del séptimo arte, en este artículo se explicitan algunas reflexiones de ética de la sexualidad en torno a *El hombre tranquilo* (*The Quiet Man*), la película de John Ford que protagonizan John Wayne y Maureen O’Hara. El comentario resultante es filosófico y está basado principalmente en Ortega. Pero también es teológico, atendiendo así a las enseñanzas del Magisterio. La sexualidad se presenta en estas páginas, pues, como una donación simbólica entre el varón y la mujer (y en una relación en la que esta resulta ser la educadora sentimental de aquel).

Palabras clave

Ortega, simbolismo, usos, normas, sexualidad

1 Doctorando en Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid y estudiante de Baccalaureatus en Ciencias Religiosas en el Instituto San Pío X (Madrid).

1. Introducción

Tenía razón nuestro filósofo Ortega y Gasset cuando escribía, en *La Rebelión de las masas*, que “sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender”.² Con ello, Ortega no estaba diciendo nada nuevo; simplemente recordaba las emociones que ya Platón y Aristóteles consideraron que eran los motores del filosofar. Hasta para ser ese animal racional del que se habla cuando se quiere definir al hombre resulta que hay que ser antes un animal sentimental. Y sólo porque el intelectual se siente sorprendido y extrañado ante el mundo, sólo por eso se le puede comparar con esa lechuza de Minerva, con los ojos bien abiertos, que sirvió al filósofo madrileño de logotipo de una de sus más importantes empresas editoriales.

Para los que no hayan dejado que se les atrofie esta capacidad, no puede sino sorprender y extrañar que las nuevas generaciones —los llamados “millennial” y los “z”— consideren que las películas de los años setenta, ochenta y noventa son películas antiguas. Evidentemente, de tener en mente el recorrido de la historia del cine, se darían cuenta de qué películas son de veras antiguas. Sobre todo, tendrían la posibilidad de reconocer qué antigüedades pueden ser plenamente actuales, frente a tantas novedades de éxito efímero. El problema es que, para los jóvenes, la antigüedad es un valor negativo. Por lo general, no tienen interés en ver una película así, como si la calidad cinematográfica dependiera en gran medida de los efectos especiales. Por ello, si retrocedemos a las películas en blanco y negro, especialmente a las mudas, estas quedan por defecto descartadas. Hay aquí, pues, una patológica cerrazón del corazón, una indisposición a ensanchar el propio horizonte. ¿Qué podemos pensar de este rasgo generacional? ¿No se le ofrece en bandeja al filósofo un tema que es preciso aclarar?

Como también decía Ortega, “cada día me interesa menos sentenciar: a ser juez de las cosas, voy prefiriendo ser su amante”.³ En esta

2 J. Ortega y Gasset, *Obras Completas* IV, Taurus, Madrid 2005, 376; J. Ortega y Gasset, *Obras Completas* V, Taurus, Madrid 2006, 89.

3 J. Ortega y Gasset, *Obras Completas* I, Taurus, Madrid 2004, 759.

actitud amorosa, el juicio suspende la autonomía de su dictamen, haciéndose el acólito del amor. Para todos los que vivan de esta manera, o al menos aspiren a adoptar esta actitud, sería un espectáculo muy triste el de un joven prisionero en sus prejuicios. Por eso, en vez de catalogar las películas, prejuiciosamente, en buenas y malas (y sin ni siquiera haberlas visto), los jóvenes han de ser, precisamente, jóvenes: han de estar atentos a las innumerables posibilidades que la vida les presenta. En vez de arraigar sus juicios de valor en sus prejuicios, conviene que estén siempre dispuestos a la reforma y el aumento de sus ideas y estimaciones; tienen que hallarse dispuestos a encontrar algo nuevo, manteniéndose abiertos a lo inesperado.

Cuando se trata del séptimo arte, lo cierto es que este cine al que llaman “antiguo” —e incluso “de viejos”, como he podido escuchar— puede ser una buena forma de comprender la vida humana. No pretendo, por tanto, ocuparme de las calidades estrictamente estéticas del cine, ni voy a comentar las diversas técnicas con las que se logran realizar esas calidades, cosa que dejo a otros más entendidos en estas materias. Con las páginas siguientes más bien trato de mostrar que del cine, como de la novela, podemos aprender algo de la condición humana; ver reflejado como en un espejo algo de nosotros mismos, o bien encontrar un ideal a perseguir. La estructura narrativa de una película, por la que asistimos al drama de unos personajes, puede ensanchar nuestra experiencia de la vida, hacernos volver sobre quiénes hemos sido y reconfigurar nuestra forma de proyectarnos hacia el futuro. En este sentido, cuando veamos una de estas películas “viejas”, pero acaso con mayor densidad humana que las tan taquilleras de las salas de cine hoy más concurridas, conviene que nos hagamos algunas preguntas como las siguientes: ¿qué hay de la historia? Y en ella, ¿cuál es el papel de cada personaje? ¿Y qué concepción de la vida transmite?

Comencé estas páginas citando unas palabras de *La rebelión de las masas*. Precisamente, una de las características de la masa en rebelión (no de la masa normal) es que el hombre que forma parte de ella está “previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado”. Y a esto añade Ortega que, por eso mismo, la masa rebelde resulta dócil a las disciplinas internacionales y al uniformismo a

gran escala.⁴ Apliquémoslo a la historia del séptimo arte. Pero también al resto de la cultura, que no puede dividirse en compartimentos estancos. Teniendo esto en cuenta, los tópicos sociales, hoy tan globalizados, con los que el hombre corre el riesgo de ir por la vida, son “unas cuantas y pobres abstracciones”.⁵ Mediante ellas, como a través de una ventana, nos asomamos al cine actual, encontrando en él lo que ya llevábamos dentro, probablemente en sincronía con los que están detrás de las cámaras. Aquí me interesa, sin embargo, más que el sincronismo, ese *sinfronismo* del que hablaba Ortega.⁶ Se trata de una coincidencia que atraviesa el tiempo hacia atrás y que nos empareja con una sensibilidad vital que espeja la nuestra —y que por ello nos la aclara y confirma—. Conviene preparar esa sensibilidad, cultivando los intereses más humanos y tomando posesión de las ideas y estimaciones mejores acerca de las formas de satisfacer todo eso que nos inquieta.

A continuación, quisiera hablar tan sólo de una película en particular, y ello desde un punto de vista muy concreto: el de la doctrina moral de la Iglesia. Se trata de una de esas películas que, por lo pronto, no interesarán a la mayoría de los que integran las generaciones jóvenes. De hecho, lo primero que se les ocurrirá a estos jóvenes será que en esta cinta se reflejan las costumbres obsoletas e injustificables de los tiempos pasados. Sin embargo, cualquier joven cristiano de hoy en día debería poder sentir cierta afinidad con el argumento de esta película. Es una afinidad que responde, a última hora, al Espíritu, que es el único impulsor del empeño con el que el hombre, tanto el de hoy como el de antes, trata de buscar una vida moral digna y plena.

2. Un ideal cinematográfico de moral sexual

En estas páginas he querido dejar por escrito las impresiones que tuve cuando vi por segunda vez una de esas viejas películas —que uno prefiere llamar “clásicas”— en la que se transparenta una con-

4 Ortega y Gasset, *Obras Completas* IV, 356.

5 Ortega y Gasset, *Obras Completas* IV, 356.

6 J. Ortega y Gasset, *Obras Completas* II, Taurus, Madrid 2005, 299.

cepción interesante de la relación conyugal entre el varón y la mujer. Se trata de *El hombre tranquilo* (*The Quiet Man*)—una película, por cierto, que hoy más de uno criticaría diciendo que tiene un final machista—. Pero yo no me voy a dejar llevar por las modas de hoy, que tienen la manía de filtrar la historia con el tamiz de ciertas opiniones y estimaciones automáticas. Por tanto, no pienso comentar esta película para pedir que no se vea más; al contrario, la recomiendo. Lo hago porque, en este largometraje, el espectador asiste a la dramatización de una concepción de la relación entre el varón y la mujer. Y esta dramatización, por extraño que parezca, podría servir de ilustración a los teólogos cuando se ocupen de la moral sexual.

No pretendo, en absoluto, reivindicar de forma reaccionaria los usos amorosos de la sociedad irlandesa que se reflejan en la película. Desde luego, estas costumbres del todo “anticuadas” no harán sino confirmar a algunos, según la visión “progresista” de hoy, que lo único que nos puede enseñar la película es justo lo que queda superado del pasado. Con estos usos me refiero, por ejemplo, al hecho de que el protagonista de la película, Sean Thornton (John Wayne), tenga que pedir la mano de Mary (Maureen O’ Hara) al hermano. En efecto, Mary vive con su hermano, quien hace las veces, en estos asuntos, del padre ya ausente.

Merece la pena señalar, de todos modos, lo siguiente: Sean Thornton le dice a Mary, ante la negativa del hermano, que lo que importa es que ella quiera casarse. Es verdad que Thornton representa las maneras de los Estados Unidos, donde con tocar la bocina del coche basta para que las señoritas se peleen por subirse. Ahora bien, no sólo se trata de pedir la mano, sino que al hablar de los “usos” me refiero también a lo que viene después. Quien haya visto la película recordará cómo la pareja tiene que conocerse subida en un carro, sin tocarse y conversando, y en todo momento bajo la vigilancia del conductor. Es evidente en la película que existe todo un ritual del cortejo, según el cual se secuencian cronológicamente los avances de la pareja (detallando, por ejemplo, cuándo podrán besarse). Esto es, no lo ignoro, lo que hoy parecerá atentar contra la tan afamada libertad sexual. Con todo, advirtamos que estos usos sociales no dejan de tener una razón, una que a la protagonista femenina no se le escapa (aunque se

quiera hacer valer esta razón de otra manera). Precisamente, a esto es a lo que me refiero cuando hablo de una dramatización cinematográfica de la relación entre el hombre y la mujer.

Esta historia comienza con el regreso del protagonista de la película desde los Estados Unidos al pueblo irlandés de su infancia, queriendo comprar la casa en la que antaño se crio. Al volver, ve a la bellísima Mary de lejos, pastoreando su rebaño. Queda prendado, atreviéndose a cortejarla “a la americana” a la salida de la iglesia, y muy contrariamente a las maneras acostumbradas allí. Precisamente, en la casa que el protagonista quiere recuperar se encuentran Thornton y Mary en una de las partes más memorables de la película. Pese a la bofetada que le propina a Thornton en esta famosa escena, localizada dentro de la antigua casa —vacía y azotada por la fuerza del viento—, lo cierto es que la hermosa Mary no tiene inconveniente en ceder a los besos de su pretendiente (como lo hará después, cuando se escapan por el cementerio). Comprobamos cómo le divierte saltarse las reglas del cortejo, escapándose en bicicleta con Thornton del vigilante que los acompaña. ¿Significa esto que Mary reniega de las normas irlandesas para caer en la supuesta laxitud americana? Esto es lo importante: Mary no es una mujer frívola. Sabe lo que se hace y no es ninguna ingenua de la que puedan aprovecharse; como tampoco es ninguna fresca que necesite, para proteger su dignidad sexual, de la rigidez de los usos tradicionales.

En la película, varios personajes urden una trama para lograr que el hermano de Mary acepte de buen grado que ella se despose con Thornton. Cuando se descubre el pastel, el hermano se niega a entregar la dote que se le pide. Pero esto es algo que a Thornton le trae sin cuidado. Él ya es un hombre adinerado y no quiere a Mary por sus riquezas; sencillamente, la ama. Por eso le pide Mary que se vayan a casa. Y lo que de primeras nos sorprende y extraña es que ella se muestre reacia. Creo que la actitud de Mary con su marido en este asunto puede resumirse bien en una escena. Cuando están volviendo a su casa, Mary le cierra la puerta. “¿Qué significa esto?”, pregunta él. A lo que le responde Mary: “Creo que está bastante claro. Hasta que no consigas mi dote, ¡no me conseguirás a mí! ¡En cuerpo y alma!”.

“¿Qué significa esto?”, tendríamos que preguntarnos nosotros también. ¿Por qué le importa tanto esa herencia suya, y que su hermano se niega a entregar como dote? ¿Acaso la protagonista es una codiciosa? No lo parece. Diríamos que simplemente quiere llevarse lo que es suyo. Aunque es cierto que tampoco lo necesita. En efecto, su marido no parece que tenga problemas económicos, sino todo lo contrario. Por tanto, ¿peca Mary de un excesivo sentido del honor? ¿No vale más el marido que ha ganado que el patrimonio que ha perdido? Al principio, después de la boda, es cierto que el hermano de Mary cede con los muebles de la dote, pero sigue sin intención de darles la humilde cantidad de dinero que completa la dote. Como era de esperar, en su firmeza, Mary no se aplaca con esta solución intermedia, y por eso actúa con su marido tal como vemos en la película. ¿Qué clase de marido no lucha para conseguir que su mujer recupere lo que es suyo? ¿Thornton es un cobarde? Parece que no hace falta que tenga éxito. Bastaría con que lo intentase. De esa manera, daría expresión al amor que siente por ella. Ésta es, precisamente, la cuestión.

Lo importante para la teología moral es que el matrimonio sigue sin consumarse y que ambos duermen separados, todo hasta que él se digne a luchar por su mujer. Ella no puede entregar su cuerpo sino como símbolo de su entrega espiritual, con la que corresponderá amorosamente a quien la amó primero. Pues él la vio primero, sí. Tuvo un flechazo cuando la vio. Y en contra de las advertencias de los demás, con-sintió al sentimiento que en él despertó. Dicho de otro modo, su voluntad siguió a su amor. Pero eso ella no lo sabe con seguridad si no tiene signos externos del amor de Thornton. Y sin ellos, ella no puede con-sentir a lo que siente, porque no hay forma de corresponder a lo que acaso no fue nunca verdadero. El problema es que el signo no llega, pues el personaje de Wayne no lucha por su mujer. “Hasta que no consigas mi dote, ¡no me conseguirás a mí! ¡En cuerpo y alma!”, le dice Mary.

Lo que Mary no sabe es que su esposo tiene un pasado que le atormenta y que le impide volver a pelear. De ahí el título de la película, *El hombre tranquilo*, con el que se caracteriza la impresión que Mary tiene de él, precisamente cuando lo que necesita es que

Thornton movilice enérgicamente sus fuerzas. Como sabrá el espectador, Thornton fue un boxeador exitoso que acabó con la vida de su contrincante. Esto le avergüenza a nuestro protagonista hasta el punto de ocultarlo, evitando incluso pelearse a toda costa. Este es el motivo, claro, de que no se encare con el hermano de Mary, poco dispuesto a entregar el dinero de la dote sin pelear.

Recordemos cómo, en cierto momento, Mary le cuenta al sacerdote que no duerme con su esposo, y que éste pasa la noche en el salón, dentro de un saco de dormir. Al padre le parece inaceptable. Y a ella también, por lo que decide marcharse del pueblo. Pero la cosa no podía acabar así. Al final, nuestro protagonista alcanza a Mary en la estación de tren y se la lleva a rastras hasta donde está su hermano. Cuando consigue que le dé la dote para su esposa, ambos queman juntos el dinero. Y así es como ella, satisfecha, se vuelve a casa para hacerle la cena a Thornton —cosa que el público actual enseguida censurará—. Mientras tanto, para la mayor indignación de quienes critican las viejas masculinidades, él se pasa lo que queda de la película pegándose con su cuñado, con quien finalmente se reconcilia, acabando borrachos como cubas. Aunque no aparezca en la película, es de suponer que el protagonista le explicaría a su mujer, tras lo sucedido, por qué motivo se comportaba como un *hombre tranquilo*. En todo caso, lo que importa es que Thornton logra vencer su pasado para hacerse digno de su mujer, quien definitivamente sabe que hay un amor de verdad al que puede corresponder.

En definitiva, la negación de la entrega corporal se correspondía con la incapacidad de asentir definitivamente al amor experimentado, el cual quedaba puesto en cuestión. La correspondencia entre el cuerpo y el alma de Mary es total, en una relación en la que lo primero manifiesta lo segundo. Las normas sociales irlandesas pretendían, precisamente, encauzar esta correspondencia. Le aseguraban a la pretendida, mediante el trato sin prisas, quién es su pretendiente, y le confirmaba si éste tiene la paciencia fiel propia de quien no ambiciona sólo la carne de cualquier hermosura que se le cruza a uno por el camino. La paciencia del pretendiente prueba su fidelidad, a la par que la ausencia de prisas favorece el mutuo

conocimiento. La película creo que refleja muy bien la forma de este trato: es como si la mujer, en su trato con el varón, fuera descubriéndolo, puliendo todo lo digno que hay en él. De esta manera, la mujer enseña al hombre a amar y a distinguir este amor del encaprichamiento y del donjuanismo. Es por ello por lo que la mujer, como decía Ortega, es la labradora del sentimiento.⁷ En efecto, el sentimiento del varón es preciso labrarlo, para que vaya creciendo y dando buenos frutos. De otro modo, o no hay amor auténtico, o bien este sentimiento se quedaría tan sólo incoado, acaso echado a perder. De ahí la importancia histórica de la mujer en la educación, por decirlo así, que ejerce sobre el hombre en el amor. Ortega, quien retrotraía este cultivo femenino del alma varonil a la cultura de la cortesía medieval, lo expresó del siguiente modo:

“A mi juicio, es ésta la suprema misión de la mujer sobre la tierra: exigir, exigir la perfección al hombre. Se acerca a ella el varón, buscando ser el preferido; a este fin procura, desde luego, recoger en un haz lo mejor de su persona para presentarlo a la bella juzgadora. El aliño que el más descuidado suele poner en su aderezo corporal al tiempo de la aspiración amorosa no es sino la expresión exterior y un poco ingenua del aseo espiritual a que la mujer nos incita. Ya esta espontánea selección y pulimento de nuestro repertorio vital es un primer impulso hacia la perfección que a ella debemos. Pero hay más; con eso que el hombre es, llega ante la mujer y lo expone; dice sus palabras, hace sus ademanes fijando la mirada en su semblante para descubrir su aprobación o su desdén. Sobre cada acción suya desciende un leve gesto reprobatorio o una sonrisa que corrobora; la consecuencia es que reflexiva o indeliberadamente el hombre va anulando, podando sus actos reprobados y fomentando los que hallaron aquiescencia. De suerte que, al cabo, nos sorprendemos reformados, depurados según un nuevo estilo y tipo de vida. Sin hacer nada, quieta, como la rosa en su rosal, a lo sumo mediante una fluida emanación de leves gestos fugaces, que actúan como golpes eléctricos de un irreal cincel, la mujer encantadora ha esculpido en nuestro bloque vital una nueva estatua de varón.”⁸

Lo malo sería que la mujer olvidase esta misión suya, o que no pudiera cumplirla debido a una vulgarización de su feminidad. Según

7 Ortega y Gasset, *Obras Completas* II, 257.

8 J. Ortega y Gasset, *Obras Completas* III, Taurus, Madrid, 2005, 735.

Ortega, “las mujeres vulgares llevan en sí un vulgar ideal de varón”⁹. Cuando hoy vemos a muchos chicos jóvenes poniendo los pies encima de los asientos del transporte público, o con la música a todo volumen que molesta a los demás; cuando vemos un joven bostezando sin taparse la boca delante de otros, quizá de su profesor, o cuando escuchamos la cantidad de palabrotas que pueden salir de su boca, es inevitable preguntarse qué pensarán las chicas de su generación de todos estos modales. ¿Les gustará un chico así? ¿Serán tan selectas como para seleccionar a los varones adecuados, o para pulirlos como Beatriz con Dante? Como dice Ortega de ella:

“Cada uno de sus movimientos tiene para nosotros un sentido normativo, porque en él se aventa el secreto de sus aprobaciones y repulsas. ¿Y no es esto —la mujer como norma— el gran descubrimiento de Dante? Es una pena que la influencia peculiar de la mujer en la historia sea un asunto intacto y de que la gente no sabe nada.”¹⁰

Para Ortega, la perfección le llega al hombre al verse idealmente reflejado en los ojos de la mujer que lo mira, con aprobación o con desdén. Por eso, las normas tradicionales que se reflejan en la película de John Ford tienen su sentido únicamente a esta luz. En este sentido, en el largometraje, pese a no hacer demasiado caso de los usos amorosos de su tierra, Mary parece muy consciente de la razón que los justifica. Es tan consciente de esta razón que no necesita plegarse del todo a sus prescripciones, pues no experimenta en sí misma ninguna desviación en el modo de vivir las relaciones amorosas. En efecto, Mary es un ideal de feminidad, un modelo cinematográfico a seguir. Sin necesitar de su coacción, ella es consciente del valor al que sirven las normas sociales de la Irlanda rural —desatendidas en la América de la que viene Thornton—. Las normas encauzan el noviazgo en un proceso que “implica el encuentro de dos personas, su deseo, manifestación y conocimiento mutuos”. En este sentido, “se trata de un proceso gradual, y las formas de intimidad y las muestras de afecto adecuadas a esa relación varían conforme a las etapas del proceso”.¹¹ En este sentido, Mary se abraza y se besa

9 Ortega y Gasset, *Obras Completas* III, 736.

10 Ortega y Gasset, *Obras Completas* III, 726.

11 A. Kosnik (ed.), *La sexualidad humana. Nuevas perspectivas del pensamiento católico*, Cristiandad, Madrid, 1978, 184.

con Thornton sin la vigilancia de nadie, pero no da el último paso hasta no estar segura del amor que siente por ella, es decir, hasta no estar segura de que hay algo a lo cual corresponder. Por eso se niega a consumir el matrimonio. En este sentido, a continuación me gustaría citar algunas palabras de Ortega acerca de esta íntima unión del alma y del cuerpo:

“Merced a su afortunada predisposición psicológica logra, pues, la mujer, desde luego y sin esfuerzo, esa perfecta unidad entre el amor del alma y del cuerpo que es, sin duda, la forma ejemplar y la ecuación moral del erotismo. Norma y ejemplo a que sólo ciertos hombres egregios, de exquisita condición, consiguen elevarse”.¹²

En efecto, para el filósofo español,

“la conexión, peculiarmente estrecha, entre alma y cuerpo, que caracteriza a la mujer, rinde sus más claros efectos en el sacro recinto del amor. Si comparamos hombres y mujeres de tipo medio, normales, de igual educación y rodeados del mismo ambiente social, pronto salta a la vista su diferente actitud ante el erotismo. Es normal que el hombre sienta deseos y placentero arrebatos carnal hacia mujeres que no despiertan en su ánimo el menor afecto. Por decirlo así, envía a su cuerpo para que cumpla los ritos del amor carnal, con total ausencia de su espíritu. Asimismo, no es raro que el hombre de extremada selección y firme disciplina mental experimente un amor puramente psíquico, hecho todo él de místicos sentimientos, sin ganga alguna de carnales instintos. Ello es que el hombre ha oscilado siempre entre esos dos polos y extremos del amor carnal y el amor místico, entre el sensualismo y el platonismo¹³”.

A mi juicio, en el hombre normal es más frecuente el vicio de la carne que el del espíritu. Lo interesante, según Ortega, es que...

“Ambos, empero, suelen repugnar a la mujer. Normalmente es incapaz de sentir atracción física si no va precedida de una adhesión sentimental, y, viceversa, cuando el puro afecto psíquico, en apasionada tormenta, se apodera de su espíritu, arrastra y estremece su carnal soporte, como la ráfaga encorva la mies de oro en estío y arrebatada en otoño las hojas caducas.”¹⁴

12 J. Ortega y Gasset, “La percepción del prójimo”, en *Ideas y creencias*, Revista de Occidente, Alianza Editorial, Madrid, 1995, 137.

13 Ortega y Gasset, “La percepción del prójimo”, 136.

14 Ortega y Gasset, “La percepción del prójimo”, 136-137.

En definitiva, Ortega cifra del siguiente modo la clave de la película de John Ford, que es el simbolismo erótico tan perfecto de la mujer:

“Hallándose así el cuerpo femenino todo él transido y como saturado de su espíritu, adquieren un peculiar sabor simbólico las concesiones que de sus gracias corporales haga. La entrega del cuerpo es para ella, en verdad, símbolo y síntoma de sus sentimientos, y cada concesión al amado es la medida del nivel que en ella alcanza el amor. Como el príncipe feudal al otorgar un feudo entregaba un terruño, un trozo de gleba, símbolo jurídico de los derechos transferidos, ofrece la mujer su cuerpo al hombre que ama como símbolo de su entrega espiritual.”¹⁵

Esta teoría de la armonía entre el cuerpo y el alma es perfectamente coherente con las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Desde los padres conciliares, la sexualidad ya no se limita sólo a la procreación. Ya no se trata simplemente de que el sexo (dentro del matrimonio) se justifique únicamente por la procreación. De lo contrario, la esterilidad y el matrimonio serían incompatibles. La instrucción *Donum Vitae* aclara esta cuestión cuando en ella leemos que “los cónyuges estériles no deben olvidar que incluso cuando la procreación no es posible, no por ello la vida conyugal pierde su valor”.¹⁶ Ahora la unión sexual no consiste sólo en un acto de procreación, sino que se trata de una expresión mutua de los esposos, que se donan el uno al otro gozosa y agradecidamente.¹⁷ Por eso mismo la *Humanae Vitae* acepta y recomienda los métodos naturales de regulación de la natalidad.¹⁸ Tal cosa no podría justificarse de no tener cabida esa comprensión de la unión sexual como una mutua donación corporal que simboliza la reciprocidad integral de los esposos. Precisamente por ello, la fecundidad debería entenderse como un desbordamiento de esta mutua donación amorosa. Así entendida, la esterilidad sobrevenida no habría de verse como una objeción contra el amor que da sentido a la conyugalidad.

15 Ortega y Gasset, “La percepción del prójimo”, 137.

16 Y de ahí que la procreación no sea un derecho, pero sí la unión abierta a esta consecuencia. Cf. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19870222_respect-for-human-life_sp.html#_ftnref57

17 Cf. GS 49.

18 Cf. HV 16.

Si ahora quisiéramos seguir completando este comentario filosófico desde el punto de vista del Magisterio de la Iglesia, bastaría recordar la encíclica *Deus Caritas est*. En ella Benedicto XVI subraya la unidad del ser humano, que es a la vez la unidad del erotismo corporal, vital con el ἀγάπη en el que se integra y sublima. De este modo:

“El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: “¡Oh Alma!”. Y Descartes replicó: “¡Oh Carne!”. Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el *eros*— puede madurar hasta su verdadera grandeza.”¹⁹

Para Benedicto XVI, nuestros cuerpos tienen que ser “la expresión viva de la totalidad de nuestro ser”.²⁰ Así ha de suceder en la medida en que, como leemos en la encíclica, “es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad”.²¹ Sólo así, sin limitarnos al logro de un mero placer instantáneo, podemos ennoblecernos y aspirar a una felicidad genuina. Ahora bien, esta contraposición griega entre el erotismo vital y el ἀγάπη espiritual se homologa bíblicamente en la diferencia que Benedicto XVI refiere entre “dodim” y “ahabá”. El primero es un amor todavía imperfecto, en búsqueda del bien propio del amante; en cambio, en el segundo el amante descubre al amado y busca su bien.²² El segundo amor no elimina al primero, sino que lo conserva ennoblecido. De ahí que leamos en la encíclica que el matrimonio es el resultado de esta educación del erotismo.²³

19 DCE 5.

20 Cf. DCE 5.

21 Cf. DCE 17.

22 Cf. DCE 6.

23 Cf. DCE 11.

3. Las relaciones prematrimoniales

Sin entrar en los detalles pertinentes, la opinión pública actual considera que la teología moral tradicional ha solido colocar la entrega final de Mary a su esposo dentro de la relación matrimonial. Acierta la gente, desde luego (aunque sin profundizar demasiado) cuando se dice que, para la Iglesia, el sexo antes del matrimonio se lleva considerando algo pecaminoso durante mucho tiempo. También es verdad que para muchos puede ser difícil ofrecer una alternativa adecuada a la tradicional cuando nos invade una estimación desvirtuada de la sexualidad, que se ve supuestamente liberada de las pesadas cadenas que ven en la moral católica. Nadie negará que ha habido una sexualización importante de las relaciones amorosas, alimentadas quizá por el fácil y temprano acceso a la pornografía digital, y ello de un modo que desborda por completo cualquier acceso que en decenios pasados podían tener los jóvenes a las revistas o a las cintas X. En la raíz de esta sexualización hay un individualismo hedonista que relega al otro a un segundo plano. Sin llegar a oscurecer al otro tanto como en la prostitución, el prójimo se convierte en alguien con quien consensuo mantener relaciones sexuales, quizá en relaciones libres o poliamorosas. Se piensa que, si los dos consienten, no se engaña ni se violenta a nadie. Ahora bien, aunque no podemos negar esto, no es cierto que el mutuo consentimiento sea sin más una garantía del hallazgo de la verdad y del bien. El hecho de que dos personas decidan hacer algo de forma conjunta no crea sin más el valor positivo de lo que acuerdan. La verdad y el bien no dependen del consenso (como los fines de la política no dependen únicamente de su apoyo democrático). En este sentido, podemos observar en las nuevas formas de relacionarse una falta de compromiso, y ella unida a una necesidad de “socios” que quieran generar conmigo placer. En el contrato táctico de estos socios hay ciertas condiciones, como la de no forzar al otro, ser agradable, mantener la continuidad del trato siempre que las dos personas sigan divirtiéndose juntas, etc. Todo esto es algo así como una ética de mínimos en la que se confunde el amor con el gusto. Desde luego, me pueden gustar muchas mujeres, por su belleza, por sus cualidades, etc. Pero difícilmente me enamoraré de todas ellas. De esta manera, en primer lugar, podemos detectar un cierto contentamiento con el mero

gusto y la “amistad con derecho a roce”. Tal contentamiento resulta comprensible en vista de la dificultad de vivir un amor genuino, así como de la falta de modelos de amor que podamos imitar —y que hoy parecen a muchos falsos ideales, mitos de la literatura y del cine que los moralistas nos obligaban a seguir—.

Las relaciones sexuales consentidas fuera del matrimonio, sea en relaciones que se suceden las unas a las otras, sea en relaciones simultáneas (abiertas, poliamorosas) se estiman por la atención prestada al valor positivo del placer obtenido con ellas. Según esta manera de ver las cosas, no sólo se desliga el disfrute carnal de la procreación, sino también del amor. De este modo, se entiende el goce sexual como algo independiente, que merece disfrutarse por sí mismo y que me exige, si fuera un joven inexperto, un entrenamiento a la hora de saber lograrlo. Por poner un ejemplo real, una vez escuché a alguien dar el siguiente consejo a otra persona: “es preciso ir cogiendo práctica con las chicas con las que uno pueda ligar una noche, de manera que, pasados los años, cuando llegue la que de veras nos guste, uno no sea un patán en desventaja ante la chica. Esta chica probablemente ya habrá tenido sus experiencias, por lo que sabrá distinguir cuando la hacen disfrutar y cuando no. Y si tú no lo haces, no tendrás muchas oportunidades de mantener la relación”. ¿Es así? No negaremos que la competencia o habilidad en el sexo tenga su importancia, ni que influya en el placer. El problema es la manera de abordar la cuestión y las prioridades de valor que se establecen. Ante todo, tenemos aquí un claro ejemplo de lo que yo suelo llamar el lema del “lo hacemos y luego vemos”.²⁴ Se da por hecho que emperzaremos por acostarnos con esa mujer que nos interesará más y que luego se verá si la cosa va a más o no. Y se da por hecho que la cosa irá a más en función de la experiencia sexual de los implicados. Además, se mete prisa a los más inexpertos, o a los que por edad lo son, para implicarse sexualmente a modo de entrenamiento, lo cual resta todo su valor simbólico a la entrega carnal. Como escuché decir a cierto sacerdote, hay matrimonios que fracasan porque una de las dos personas piensa que le han cambiado al esposo, como si no fuera la misma persona con la que la otra parte quiso casarse. Por lo

24 Se trata, en realidad, de una frase del musical de los “Javis”, titulado *La llamada*.

visto, resulta que esas personas no se han tomado el tiempo necesario para conocerse mutuamente, para ir amándose de tal manera que, como decía León Hebreo, del amor surja el deseo.²⁵ Al contrario, han empezado por el sexo, y tras cierta convivencia, quizá un tanto superficial, se han casado.

A esta clase de problemas apunta, justamente, la vieja prohibición de las relaciones prematrimoniales. Por mi parte, no creo que esta norma deba observarse de manera universal, con un rigor absoluto. La rigidez normativa puede ser un síntoma de la ceguera para los valores humanos que se buscan (y que tratan de asegurarse con esas normas frente a las desviaciones constatadas). En este sentido, hay voces que han valorado positivamente las relaciones íntimas en caso de las parejas que, conociéndose bien durante un tiempo considerable y con la intención de serse mutuamente fieles, no puedan casarse todavía por razones económicas, por ejemplo, o por la necesidad de terminar una etapa formativa, de estudios.²⁶ Esta postura es la que, sin duda, puede parecer más razonable, pues evita tanto el rigor normativo ciego como la relativización frívola del hedonismo. En este sentido, me parece de lo más sensata la apreciación de Marciano Vidal respecto de las normas. Para él, los fines que dan sentido a las normas son ciertas valoraciones concretas, circunstanciales del desarrollo de la vida humana. La vida no puede someterse, por tanto, a abstracciones irreales universalmente vinculantes. Esto evita el absolutismo intransigente, pero sin caer por ello en el relativismo.²⁷ Estas normas, pues, son perfectamente aceptables cuando es preciso combatir tentaciones que uno experimenta (y es fundamental que las experimente para que haya normas); o bien cuando la persona todavía no ha logrado discernir por sí mismo los valores (de manera que la norma hace las veces de tutor provisional).

Por mi parte, una cierta continencia normativa me parece necesaria a la hora de salvaguardar la virtud de la generosa entrega de sí. Es

25 Cf. J. Marías: *Antropología Metafísica*, en *Obras X*, Revista de Occidente, Madrid, 164.

26 Cf. J. Marías: *Antropología Metafísica*, 184.

27 Cf. M. Vidal, *Moral de actitudes*, Tomo II, 2ª parte, *Moral del amor y de la sexualidad*, PS, Madrid 1991, 211.

la forma de saber encauzar una dimensión de la persona (la biológica) que, para bien o para mal, acabamos integrando de una u otra manera espiritualmente. En el peor de los casos, cuando el otro es el socio de un contrato tácito que me proporciona placer, lo importante resulta ser ese placer y no tanto la expresión mutua corporal de lo que uno siente por el otro. Cuando el placer se idolatra, se trata de encontrar a quien pueda proporcionarme la máxima dosis del mismo. Y eso explica las preguntas que algunas parejas se hacen ahora al conocerse, y que se hacen abiertamente y, a su juicio, rompiendo los viejos y molestos tabúes. “¿Cómo eres en la cama? ¿Qué te gusta hacer y que te hagan? ¿Cuánto tiempo tardas?” Estas son algunas de las peculiares preguntas que algunos se hacen en una primera cita. Los que consideramos que lo normal es preguntar otras cosas debemos de ser, por lo visto, de esos que vivimos todavía bajo la imposición de tabúes interiorizados.

Obsérvese que esta atención preferente al placer vuelve sustituible a la persona, y no sólo por otra persona. Si hubiera algún modo de obtener el mismo placer —pero mediante una experiencia virtual, por ejemplo— no descartemos que muchos recurriesen a ella (sobre todo porque no tendrían que ver el rostro del otro, su vulnerabilidad, sus problemas, sus peticiones, etc.). Así, se librarían de todas las responsabilidades en el trato con el prójimo (y todo para conseguir, con facilidad y sin problemas, el placer buscado).

No tengo ninguna duda de que los jóvenes tienen que hacer la experiencia del primer amor. Tienen que estrenarse con sus torpezas y su inexperiencia en esta nueva dimensión humana en la que empiezan a entrar en la adolescencia. Esto incluye la sexualidad, pero no me estoy refiriendo simplemente a que tengan que perder la virginidad. La sexualidad es una forma de expresión corporal que incluye —claro— los genitales, pero también el cuerpo entero, y que además está entrelazada con una forma de interioridad que se manifiesta corporalmente. Pues bien, todo ello es lo que tiene que ir madurando a medida que se va ganando experiencia vital. No se trata, como dije en el ejemplo anterior, de perder la virginidad para coger práctica en la cama. Se trata, simplemente, de descubrir que otra

persona con la que trato me atrae físicamente; consecuentemente, voy manifestando corporalmente lo que voy sintiendo por esa otra persona conforme al grado de madurez y de plenitud que tengo. Dicho sencillamente, hay que aprender a querer. Y en este aprendizaje va incluida, claro, la expresión corporal en que consiste la sexualidad. Una cierta continencia en las relaciones prematrimoniales es una forma de no precipitarse, de asegurarnos, si hemos adquirido la madurez suficiente, de que no estamos simplemente encaprichados de un cuerpo, o satisfechos con un repertorio de cualidades. Cuando esto es así y uno ya tiene su deseo sexual satisfecho, no será difícil que quiera volver a satisfacerlo con otras personas, vistas también a la luz de las cualidades que suele valorar. La persona amada no es un compendio de cualidades, sino que está por encima de ellas. De hecho, como sus cualidades pueden cambiar, la satisfacción que encontramos en ellas cuando no amamos a la persona que las porta nos lleva a buscar otro objeto distinto del deseo y del contento que exhiba esas mismas cualidades.

Por cierto, considero que esta contención en las relaciones prematrimoniales afecta también al autoerotismo. Prescindir de la masturbación con material pornográfico es una forma de volcar mi sexualidad en la pareja asegurando que no es un mero objeto que me proporciona placer, que me relaja, que me distrae de mis problemas, sino que es una persona a la que me entrego corporalmente como símbolo de mi amor, incorporando en esta expresión el placer sensible con todo su valor. Lógicamente, el adolescente pasa por una fase difícil de autodescubrimiento y de desorientación en la que no se puede juzgar de esta manera el autoerotismo. Sin embargo, en personas relativamente maduras, la masturbación que no tenga su origen en la ausencia de la pareja estable y que no se cumpla con la imaginación de figura ausente tiene que considerarse en sus detalles particulares.

4. Recapitulación: los novios de Dios

En definitiva, la contención es valiosa, pero no como represión, sino como una forma de encauzar debidamente la sexualidad, poniéndola al servicio de la dimensión espiritual del ser humano con toda

su dignidad, que reclama amor y responsabilidad. Desde este punto de vista he querido hablar de la continencia en la entrega corporal al hilo de la película de John Ford. He tratado de mostrar el sentido oculto de los usos sociales que se reflejan en la película y, sobre todo, el papel de la mujer respecto del hombre en las relaciones amorosas. La película, en este sentido, me ha permitido ilustrar la moral sexual de la Iglesia desde una perspectiva filosófica personal, deudora principalmente de Ortega y su escuela. Por cierto, confieso que la concepción que este filósofo tuvo de la mujer me ha llevado a veces a plantear a la inversa la famosa imagen de la iglesia como novia de Cristo, que no pretendo en modo alguno cuestionar. Es verdad que el hombre descubre a la mujer y se enamora de ella, como Dios de la iglesia. En la Escritura, suele ser ella la infiel (como bien leemos, por ejemplo, en Oseas). Y este hecho se consume después en el Nuevo Testamento con la imagen de la novia de Cristo. Con todo, teniendo en cuenta las pinceladas filosóficas que hemos dejado caer aquí, quizá también podríamos verlo a la inversa. En efecto, si la mujer prueba la fidelidad del hombre y lo perfecciona, como Mary perfecciona a Thornton, ¿no podríamos ser también, desde otro punto de vista, los novios de Dios?